

A distancia / Huecograbado

*Dejar de ser madre**

Rosa Coll

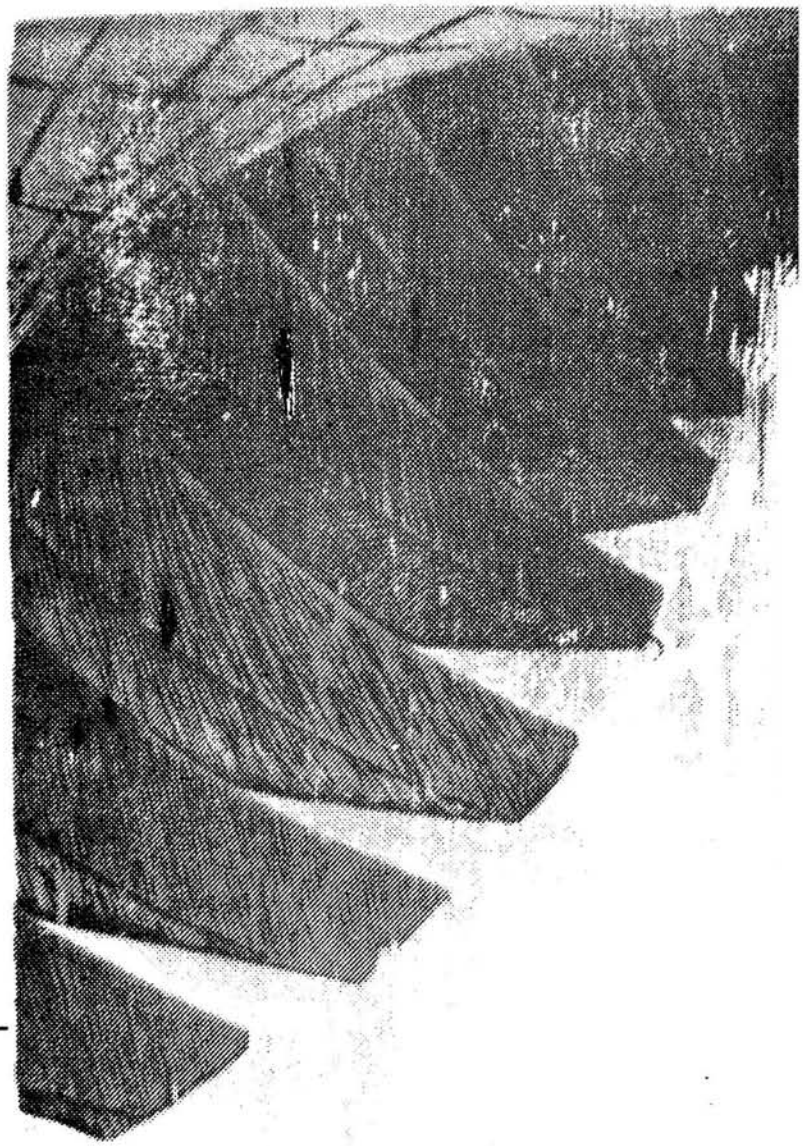
La guerra da qué pensar, no sólo con respecto a sí misma, sino también con respecto a la mujer; no sólo con respecto a la mujer como participante en la guerra, sino como responsable indirecta de ella, y en esto difiero de Virginia Woolf cuya tesis central en su obra *Tres Guineas* es que la mujer nada tiene que hacer en la guerra dado que ella no ha participado para nada en las decisiones con respecto a su iniciación —se trataba del comienzo de la segunda guerra mundial. La mujer, según la escritora inglesa, debía decir redondamente no a todo pedido de colaboración y ayuda. Hasta aquí Virginia Woolf. En todo camino el primer paso es siempre el no a otros caminos para iniciar el propio. Pero, nos preguntamos, ¿cuál sería su tarea afirmativa? ¿Quizá el dejar de ser madre? Y me refiero por ahora al dejar de ser madre dentro de la maternidad, en la medida en que la maternidad occidental está urdida en una trama de posesión y dominio. ¿Podría esta trama de la maternidad ser el modelo inconsciente en que se gesta la esencia misma de la guerra centrada en la posesión y el dominio? ¿Podrá ser la maternidad la cuna en que se confunden, mimetizándose, el poder y el dominio, al punto que luego se tornen indiferenciables? Engendramos carne de cañón porque al engendrar la carne engendramos el cañón. Esto es lo que no dijo Virginia Woolf.

La sabiduría china aconseja encarar los problemas —el desorden, el mal— cuando comienzan, pues allí son aún un germen sin virulencia de lo que devendrá. Nosotros decimos "cortar por lo sano". Meta por demás ambiciosa ésta de rastrear una de las raíces de la guerra en tanto posesividad y dominio. Sin embargo, ¿por qué no intentarlo?

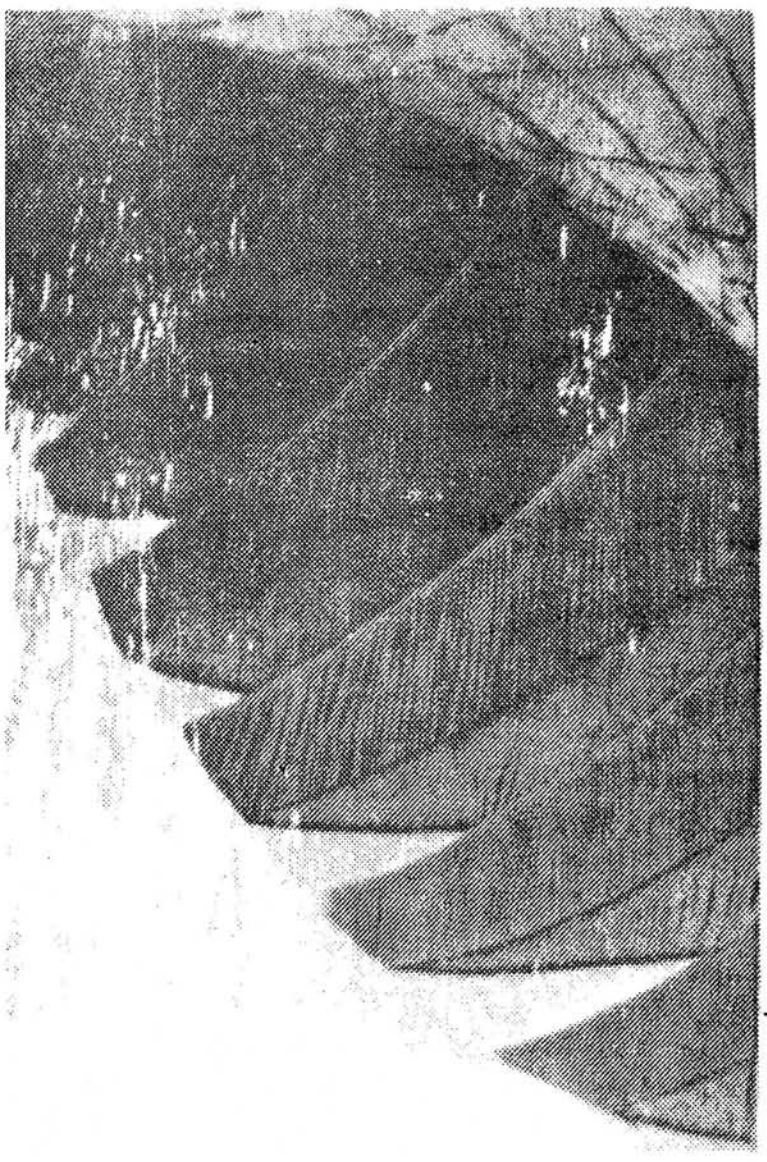
Cuando la vida del niño comienza la primera poseedora es la madre, pues la vida se sirve de ella para aparecer: lleva a su hijo o a su hija dentro de sí, y luego del nacimiento lo/la sigue llevando fuera de sí: es su hija o hijo; ciertamente también lo es del padre, pero de otro modo, de un modo invisible. Ha sido tan fácil, tan "natural", para la madre confundirse y creer que ella verdaderamente poseía a sus hijos: se engendran en su vientre, maman de sus pechos, la necesitan constantemente, ¿cómo no va a creer que son suyos? "Está *gruesa*", se solía decir, casi como si el embarazo fuera una simple gordura "de ella", una más entre otras. ¡El lenguaje siempre

haciendo de las suyas con consecuencias imprevisibles! La madre no ha engordado, es su hijo el que crece: diferentes espacios que se perciben como uno solo. Esta percepción dura nueve meses y se prolonga después del nacimiento, avalada por la nueva vida que aún no se sabe independiente. ¿Cómo reconocer que un espacio es ajeno si parece propio? En ese *cómo* radica la clave de la maternidad: en la convicción de que hay un espacio ajeno que debe ser respetado, y que ese espacio se amplía progresivamente —aunque la vista no lo perciba— en la medida que el hijo o la hija crece. Es más, el secreto de la vida de relación, desde la familia hasta lo político, puede encararse desde la perspectiva del espacio, dado que somos entes que "ocupamos" un espacio; extensos, dijo Descartes. Cuando la vida se gesta el espacio de la madre y el de la hija o hijo casi coinciden, el "casi" se manifiesta cuando, al nacer, la hija o hijo se lleva su espacio consigo y la madre vuelve a su contorno original. Pero la vivencia de unión ha sido demasiado fuerte y continúa después del nacimiento, pudiendo originar una actitud sobreprotectora. La sobreprotección es la superposición de dos espacios que debían ser contiguos.

El primer paso de toda guerra es una invasión; la sobreprotección es un temprano modelo invasivo. A rasgos generales se sobreprotege cuando se obra en lugar de otro sin que éste lo haya solicitado. En la sobreprotección se esfuma el límite entre hijos o hijas y padres: la madre y el padre piensan y deciden por ellos, desearían evitarles el sufrimiento, pero al evitárselo también les evitan la alegría; los aniquilan en vida al hacerles abortar sus poderes. ¿Cuál es el límite entre la protección y la sobreprotección? o ¿cuál es la medida de la protección? La medida está dada por la capacidad de la madre y del padre para limitar su poder e impedir que se convierta en dominio. En la suave e imperceptible pendiente que va desde la protección hacia la sobreprotección el poder se convierte en dominio. Así se arman los juegos del poder transformado en posesión y dominio. ¿Quién detenta más poder: la madre que mantiene siempre lleno su refrigerador para atraer a sus hijos ya mayores, o la hija o hijo que al entrar a su casa va derecho al refrigerador? ¿Quién domina, la madre que llena el refrigerador o el hijo que lo vacía? La madre no duda que es ella quien domina, sin embargo, el hijo sabe que es él. Dominio puro, escueto, desnudo, sin ambages ni pizca de amor o de solidaridad. Dejar de ser madre es limitar este ilimitado deseo de dominio que la maternidad intenta ejercer.



¿Se puede dejar de ser madre? ¿Qué es ser madre? Es dejar que la vida pase por una, pues no se trata de "dar" vida. ¡Qué dadora ni dadora de vida! La vida se da a sí misma pasando por la mujer así como pasa por la tierra: ésta no pretende posesión alguna aunque todo le pertenece. ¿Por qué la madre habría de pretender poseer? Ningún paralelo con la tierra puede resultar un menoscabo: nada más activo, más profundamente enigmático y sutil que el hacer y el saber de la tierra. Por otra parte está en la mujer el cesar de interpretarse a sí misma como reproductora por antonomasia. Esto es, cesar de aceptar, ahora sí, pasivamente, el acuerdo social acerca de su carácter esencialmente reproductor. Merece aquí hacerse un breve *excursus* para señalar la abismal hondura de este acuerdo —manifiesto ahora en el pensar meditativo de Martin Heidegger— que obra de manera absolutamente tácita, siendo por lo tanto casi imposible de enfrentar dadas sus características escurridizas e inasibles.



El quizá más profundo pensador contemporáneo, Martin Heidegger, declara que el hombre, dentro de nuestra constelación técnica, se determina esencialmente como productor. Las relaciones entre los hombres son hoy, fundamentalmente, relaciones de producción, así como también lo es su modo actual de ser en el mundo. El hombre ya no es sujeto sino productor. Es visto y se ve, es comprendido y se comprende a sí mismo como productor. Si bien ya se ha discutido y aclarado que en el desarrollo de la analítica de la existencia (*Ser y tiempo*), el *Dasein* no mienta al hombre desde una perspectiva óntica, sino ontológica —no se trata del hombre, sino del modo de ser que se da en el hombre—, y que por ello no hay referencia alguna al sexo, con relación al *Dasein* pareciera que Heidegger adoleció de la limitación que caracterizó a gran parte de la historia de la filosofía: incluir a la mujer dentro de las determinaciones propias del varón. Esto, en el mejor de los casos, cuando no simplemente englobarla junto con "los niños y los demás animales" [Aristóteles, *Etica a Nicómaco*].

Heidegger distingue el modo de ser que se da en el hombre del modo de ser que se da en las cosas. *Ser y tiempo* consiste en el desarrollo de los rasgos propios del modo de ser que se da en el hombre, denominados existenciarios, por contraposición con las categorías, que corresponden al modo de ser que se da en las cosas. Hoy es posible preguntarse si es lícito incluir el modo de ser que se dio en la mujer, lisa y llana-

mente dentro del *Dasein*. Pareciera que no es lícito, pero la fundamentación de esta posible crítica requiere un profundo trabajo de investigación. Quizá esta inclusión, sin más, del modo de ser que se da en la mujer dentro del *Dasein* constituya la base del olvido —y Heidegger fue el pensador del olvido al develar el olvido del ser en que incurrió la historia de la filosofía—, del carácter esencialmente reproductor atribuido históricamente a la mujer; carácter que paradójicamente la torna ahistórica. Cuando Heidegger, en el seminario dictado en Zähringen, Alemania, en 1873, afirma que la determinación esencial del hombre contemporáneo es su carácter de productor, olvida que el rasgo esencial de la mujer contemporánea y no contemporánea es el ser reproductora. Rasgos que tiñe, ontológicamente, todas sus otras características existenciarias, inclusive, por supuesto, la de ser también productora. No es lo mismo pensarse a sí mismo simplemente como productor, que pensarse como productora sabiéndose reproductora, hecho que tiene, ónticamente, profundas derivaciones, como lo muestra la cotidianidad. El que la mujer se piense a sí misma, ontológicamente, es decir, con respecto a su ser, como reproductora, es lo que la hace más propensa que el varón a caer en la "trampa de los hijos". El riguroso camino fenomenológico, en su atenerse a la cosa misma —en este caso el modo de ser que se da en el hombre o *Dasein*—, olvida una parte esencial de la cosa misma y no termina de develar ese modo de ser para hacer frente al interrogante acerca de si el modo de ser que se da en la mujer puede simplemente incluirse en el *Dasein* o no. No parece lícito afirmar que el hombre dentro de la constelación técnica se comprende a sí mismo esencialmente como productor, cuando la mujer se sigue comprendiendo esencialmente como reproductora. La mujer, filosóficamente hablando, no fue sujeto en la modernidad ni criatura divina en la edad media, su determinación esencial fue y es la reproducción, ella tiñe ontológicamente todo su modo de ser en el mundo.

Volviendo al tema inicial, en el nacer de lo que se trata es de dejar, jamás de retener. Si la tierra retuviese no habría cosechas, los campos serían yermos, no habría vida, la tierra cesaría de ser tierra. Retener es la antítesis de la vida: el pájaro echa a volar y la madre no lo retiene, si ha nacido con buena estrella vuela, si no, se estrella. Expulsar, en el sentido aquí mencionado, es estar a favor de la vida: el parto es la primera expulsión, la retención significaría la muerte. Cotidianamente esto pasa al olvido, y por madre se entiende el puerto, la seguridad y la protección; pero el núcleo mismo de la maternidad alberga a la vez lo contrario: la expulsión, la intemperie, el desgarramiento, la separación y, sí, ¿por qué no?, el escandaloso abandono que atañe a la esencia misma de la vida en cuanto muerte, en una palabra, la no posesión. El trabajo de parto consiste en la expulsión que sólo allí comienza y, si bien los dolores propiamente del parto terminan cuando éste finaliza, tanto el trabajo como el dolor son el comienzo del trabajo y del dolor del dejar de ser madre como esencia de la maternidad, como fruto de la pugna interna entre el deseo de posesión y el impulso vital de expulsión. Así vistos, la posesión y el dominio son voceros tanáticos, contrarios a la vida, expresión de las fuerzas oscuras que impulsan a los hombres. El trabajo de expulsión es el trabajo por esencia de la madre, su dejar de ser madre para permitir a la vida que haga lo suyo.

Criar hijos es el acto supremo de desposesión, para que los hijos sean.

Que una hija o un hijo sea, entraña, precisamente, que se diferencien de la madre y del padre. Que se diferencien puede significar que sus gustos, actitudes y elecciones fundamentales sean incomprensibles para la madre y el padre, y no sólo incomprensibles sino hasta errados y conductores hacia lo que para ellos sería un fracaso, hirientes para su sensibilidad e inaceptables para la sociedad. ¿Pero cómo habría la mujer de resignar este poder sobre sus hijos, tras milenios de creencia en el hecho de que su casi única y gran manifestación de poderío radica en la maternidad? ¿No es casi necesario que quiera seguir ejerciéndolo hasta su muerte, cualquiera que sea la edad de los hijos? Vivir sin poder es morir. ¿Cómo no aferrarse al único modelo de poder que se posee, aunque éste se haya trocado en dominio, es decir, en la antítesis del amor? Quizá un camino posible para la mujer-madre sea no postergarse eternamente, de modo tal que sus deseos insatisfechos no avancen sobre sus hijos, al pretender que éstos completen los huecos de sentido que ella no llenó —ahora es ella quien, seguramente por comodidad o porque no conoce otro modelo de juego, pretende que sus hijos ocupen su espacio, para darle sentido. Si la mujer ejerciese más plenamente su poder como individuo no necesitaría entrar en el juego nefasto que logra el dominio a través de la entrega: el poder sobre los hijos y la dependencia de éstos se nutren de su constante carácter de surtidora. Y al ejercer más plenamente su poder quizá pueda obrar de paragolpes contra la presión social sobre sus hijos e hijas, en lugar de ser su acrítico vocero, y por ende el instrumento más refinado y poderoso del *statu quo*.

A través de la noción de sobreprotección hemos visto cómo se ensambla la idea de espacio con el dominio y la posesión, así como también que el poder no equivale al dominio. Y sobre la trama filosófica que muestra el rasgo esencialmente reproductor que aún habita en la mujer, con respecto a la maternidad, no es aventurado suponer que son inimaginables las consecuencias que puede tener el hecho de que algunos humanos —quizá cada vez más— se críen en un ambiente donde el modelo de dominio transmitido por la madre y el padre sea más débil. Si el modelo de dominio recibido en la primera infancia fuese más esfumado, difícilmente podría cargarse más tarde con la fuerza suficiente para cuajar en una guerra. Al fin y al cabo la guerra es un hecho, no una verdad eterna. Y con respecto a éstas, sabemos que la afirmación acerca de la eternidad de las ideas corrió por cuenta de la genialidad de Platón. ♦

*Este texto apareció originalmente en *Debate feminista*. Año 3, volumen 6, septiembre de 1992.